El cuadro que estoy trazando para los seres humanos es el de un organismo que llega a la vida diseñado con mecanismos automáticos de supervivencia, y a los que la educación y la aculturación añaden un conjunto de estrategias de toma de decisiones que son socialmente permisibles y deseables que, a su vez, aumentan la supervivencia, mejoran de forma notable la calidad de dicha supervivencia y sirven de base para construir una persona. Al nacer, el cerebro humano llega al desarrollo dotado de impulsos e instintos que incluyen no sólo los pertrechos fisiológicos para regular el metabolismo, sino, además, dispositivos básicos para habérselas con la cognición y el comportamiento sociales. Emerge del desarrollo infantil con capas adicionales de estrategias de supervivencia. La base neurofisiológica de estas estrategias añadidas está entrelazada con la del repertorio de instintos, y no sólo modifica su uso sino que extiende su alcance. Los mecanismos neurales que sostienen el repertorio suprainstintivo pueden ser similares en su diseño formal global a los que gobiernan los impulsos biológicos, y pueden verse limitados por ellos. Pero requieren la intervención de la sociedad para convertirse en lo que sea que se convierten, y así están tan determinados por una determinada cultura cuanto por la neurobiología general. Además, fuera de esta limitación dual, las estrategias de supervivencia suprainstintivas generan algo que probablemente es único de los seres humanos: un punto de vista moral que, a veces, puede trascender los intereses del grupo inmediato e incluso de la especie.

Damasio, Antonio, El error de Descartes